

**Germán Colmenares.**  
***Las Convenciones contra la Cultura.***  
**Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1987.**

El trabajo es el resultado de una investigación historiográfica realizada por el profesor Germán Colmenares en la Universidad de Cambridge durante 1985-86. La investigación versó sobre algunos autores connotados de la historiografía hispanoamericana del siglo XIX. En la Universidad de Cambridge el autor tuvo a su disposición una excelente información, la cual consultó en forma paciente y rigurosa, con un significativo grado de amplitud y profundidad. Precisamente uno de los aspectos notables del texto es la referencia a una sólida erudición que sustenta las interpretaciones del autor sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX. Para desarrollar sus planteamientos, el profesor Colmenares aborda la obra de autores representativos, tales como Rafael María Baralt, Bartolomé Mitre, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, José Manuel Restrepo, Domingo F. Sarmiento, Andrés Bello, Miguel Luis Amunátegui, José Victorino Lastarria, Vicente Fidel López, Federico González Suárez y otros. El acercamiento del autor a la historiografía hispanoamericana del siglo XIX, difiere notablemente de la actitud asumida por una parte de los estudiosos contemporáneos que se refieren a esa misma historiografía; por lo general, éstos, desde la posición de ventaja que les otorgan los ostensibles progresos que en los tiempos contemporáneos presenta la disciplina de la historia y la historiografía hispanoamericana y mundial, critican lo que resulta evidente y obvio al contrastar los modos de escribir la historia en el siglo XIX y en la época contemporánea: que los historiadores del siglo XIX carecían de las teorías, métodos y técnicas de investigación que le son propios al historiador contemporáneo. Basados en los patrones contemporáneos de la producción historiográfica, aquellos estudiosos han elaborado un cuadro de objeciones en donde la historiografía

hispanoamericana del siglo XIX ha sido derogada sumariamente. No constituye un gran aporte constatar que los historiadores del siglo XIX elaboraban una historia cuyo modo de hacer hoy resulta ingenuo, superficial o simplemente arcaico; que los historiadores del siglo XIX no hicieron "nuestra historia" (la que escribimos hoy en día) es una verdad de Perogrullo.

El profesor Colmenares, después de criticar aquella censura fácil de la mayoría de los historiadores hispanoamericanistas, cambia de terreno y se pregunta, de modo distinto, por la naturaleza del discurso histórico del siglo XIX; por las condiciones intelectuales específicas en que se produjo; por la estructura de la historiografía del siglo XIX; por lo que ésta representaba y las funciones que cumplía. De este modo, el autor traza en primera instancia el cuadro de las condiciones en que se gestó la historiografía del siglo XIX, entre las cuales se destacan las siguientes: primero, la elección de la Independencia como tema central; segundo, los conflictos culturales con los que debía tropezar la elaboración historiográfica en un ambiente de revolución política; y tercero, la disimulación de los conflictos por las convenciones historiográficas adoptadas, que constituían una pura importación de los patrones historiográficos europeos.

Ciertamente, como lo expresa Colmenares, el polo que atraía la mirada de los historiadores del siglo XIX era el proceso de Independencia. Este proceso marcaba la ruptura política con el Imperio Español y al mismo tiempo planteaba el problema que signa el siglo XIX: la construcción del Estado Nacional.

La historiografía ligada al proceso de Independencia generó el modelo básico de concepción histórica

conocido como "la historia patria". Colmenares analiza el discurso de la llamada "historia patria", considerando que éste no puede ser visto como el producto deleznable de una práctica profesional descuidada e irresponsable; por el contrario, dice Colmenares, la "historia patria" era una forma de representación de la realidad que contribuyó a crear una conciencia histórica "que actuaba efectivamente en el universo de la política y de las relaciones sociales" (p. 22). La historia patria, con su culto al héroe militar, al guerrero heroico y romántico, que convertía en mitos y sacralizaciones a los profanos jefes políticos y estrategias militares, forjó un conjunto de imágenes (teñidas de la tropical asociación entre guerrerismo, militarismo y patriotismo) que han seguido actuando de una manera distorsionada en el presente, y están moldeando de alguna manera el futuro. Cabe preguntarse, dice Colmenares, si, por ejemplo, "guerrilleros adolescentes, sin más bagaje intelectual que las "historias patrias", no están siguiendo demasiado literalmente los pasos de los héroes epónimos. La pose heroica -agrega- ha sido todavía más deliberada en políticos y dictadores tropicales" (p. 22).

Los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX pretendieron elaborar una imagen del pasado para cincelar en ella los perfiles de una identidad colectiva. En esa imagen del pasado se proyectaban ante todo las preocupaciones acerca de la problemática que vivían en su presente: la construcción de la nación. En la formación misma de la nación la imaginería historiográfica desempeñó una función constructiva. Las imágenes historiográficas antes que denotar y definir una realidad histórica, estaban destinadas a prefigurar, a conformar esa realidad. Gran parte de esas imágenes eran prestadas, provenían de las convenciones historiográficas

europeas. De ahí entonces las dificultades de la representación propia de la realidad histórica vivida, de la figuración americana.

Las construcciones historiográficas del siglo XIX, se aferraban a la Independencia como el periodo privilegiado de los comienzos, como el momento del nacimiento, estableciendo un corte radical con el pasado y la tradición anteriores a la Independencia, pero permaneciendo al mismo tiempo -en la elaboración de las imágenes- al margen del proceso efectivo de la construcción nacional. Esta exterioridad de las imágenes historiográficas provenía de su naturaleza como objetos importados. En esta forma, hay que comprender que el problema crucial de la historiografía hispanoamericana del siglo XIX era el de cómo figurar la realidad americana. Tal dificultad de figuración nacía, de una parte, de la ausencia de modelos adecuados de discurso, y de otra, de la precariedad de otras formas de representación como las literarias o plásticas. Colmenares observa que en tales condiciones, el recurso del costumbrismo fue un pobre sustituto de formas de representación más propias y adecuadas, y ello era así porque el costumbrismo identificaba en forma aislada y en actitud complaciente ciertos tipos sociales, tales como el boga, el aguador, el serreno, el arriero, etc., lo que tendía a disolver las tensiones étnicas y sociales, que debían reaparecer entonces en formas disimuladas o míticas.

Como lo hemos querido expresar con las observaciones anteriores, el libro del profesor Colmenares constituye un trabajo pródigo en planteamientos sugestivos, a veces polémicos, que enriquecen la historiografía colombiana, en donde los historiadores no acostumbran a mirar más allá de la parroquia, de la provincia, o de las fronteras nacionales. Esta

proyección de un historiador colombiano que con suficiencia y altura se asoma a la historiografía hispanoamericana, representa no sólo un logro y un aporte sino también un ejemplo que debe ser continuado.

Bernardo Tovar Zambrano, profesor  
de la Universidad Nacional

**Christopher Abel,  
*Política, partidos e  
Iglesia en Colombia,*  
Bogotá, Universidad  
Nacional de  
Colombia, 1987.**

La historia de la Iglesia es un campo especialmente importante dentro de los estudios históricos, y para los países de América Latina esta importancia es tanto mayor cuanto que la influencia de la Iglesia ha sido determinante en la vida cultural y en el proceso político de esos países. A pesar de ello, no son frecuentes las investigaciones dedicadas a establecer ese complejo de relaciones y predominan, en cambio, los obras escritas con una intención apologética o con un enfoque estrechamente ligado al punto de vista de la institución eclesiástica. Por esta razón, el libro de Christopher Abel constituye una contribución especialmente enriquecedora.

La dimensión cultural frecuentemente desconocida en las historias políticas, ocupa en este texto un lugar central en el análisis de la política, y dentro de ella el rol cumplido por la Iglesia, aporta un enfoque novedoso a la historia de los partidos y del estado colombiano: el texto se detiene en el inventario de los elementos rituales del poder presidencial en Colombia, de la simbología religiosa

presente en la oratoria política, del peso decisivo de la concepción de la historia elaborada por la Iglesia en las políticas culturales del Estado, de la impregnación religiosa del mismo lenguaje ges-tual: Probablemente la Iglesia era más poderosa en esta época que en una monarquía absoluta. El presidente no era ningún contrincante, como en las monarquías absolutas, para el control de la conciencia pública. Tampoco disfrutaba el presidente de la perpetuidad de su cargo; un primado o nuncio insatisfecho podían no sólo presionar cambios en la política o en los ministerios sino luchar por un candidato más aceptable en las próximas elecciones. La Iglesia le confería al presidente un rol santificado, legitimando su cargo y su persona con un Te Deum el día de la posesión. Al presidente le llovían epítetos eclesiásticos y la propaganda de la Iglesia lo proyectaba como un segundo arzobispo encomendado por las autoridades eclesiásticas para que combatiera el mal en sus funciones tutelares. Ningún presidente se podía dar el lujo de suscitar críticas continuas de la Iglesia pues ésta controlaba el drama nacional mientras que el poder ejecutivo simplemente desempeñaba un papel secundario. El presidente reafirmaba su papel secundario ante la Iglesia dirigiendo a los laicos en la procesión de Corpus Cristi y re-consagrando la nación regularmente a su patrón, el Sagrado Corazón...

La sujeción parcial del Estado a la iglesia se reflejaba en el vocabulario político de la época; la retórica sacerdotal y la política se entrecruzaban en contenido, composición y expresión. Tenían los mismos gestos y la misma entonación, la misma organización de la materia, las mismas referencias a Dios, a la patria y al hogar. La política se hallaba fuertemente condimentada con el lenguaje de la redención, la

expiación y el sacrificio. (P. 34)

La construcción por parte de la Iglesia de una cultura señorial fundada en un pesimismo congénito, que valorizaba en grado sumo el culto de la palabra y la especulación y que albergaba ideologías racistas entonces de moda en Europa, se manifestó de modo especial en la política adoptada por Núñez y Caro para la educación, cerrando casi por completo los espacios para el surgimiento de una cultura secular: Abel señala cómo las únicas formas alternativas de cultura al margen del modo de expresión clerical dominante eran la oratoria y la poesía.

En este contexto cultural, sitúa el autor el proceso de los partidos que, a lo largo del período estudiado, revelan una progresiva tendencia hacia la aproximación ideológica y un alejamiento cada vez mayor con respecto de los correspondientes modelos históricos. Este proceso es presentado por Abel en relación con la formación de un consenso bipartidista de la clase propietaria ante los retos del cambio económico y social. El autor señala entre las condiciones que hicieron posible este consenso la prosperidad sostenida en un período de precios altos del café, el temor ante las posibles fuerzas de la subversión, un conjunto de acuerdos básicos en lo que tiene que ver con la política de aproximación a los Estados Unidos, en procura de inversiones y de exportaciones. El autor ubica la fase de consolidación del consenso bipartidista a partir de 1949. En esas condiciones, comenzaron a perder importancia las antiguas formulaciones de principios de los partidos, y la vieja oposición clericalismo-anticlericalismo comenzó a perder fuerza con el advenimiento del Frente Nacional.